

los regalaron mucho con recibimientos y con llevarlos á sus pueblos, donde les daban mucha comida, y gallinas de la tierra, y otras cosas, y todo con gran voluntad. Aquí hallaron casas de cuatro altos y bien edificadas, y con galanos aposentos, y en las más de ellas había estufas para tiempo de invierno. Andaban vestidos de algodón y de cuero de venado, y el traje, así de los hombres como de las mujeres, es al modo del de los indios del reyno de México; y lo que les causó más estrañeza, fué ver que todos ellos y ellas andaban calzados con zapatos y botas de buen cuero con suelas de vaca, cosa que hasta allí nunca la habían visto. Las mujeres traían el cabello muy peinado y compuesto, y sin cosa sobre la cabeza. En todos estos pueblos había Caciques que los gobernaban, como entre los indios mexicanos, con alguaciles para ejecutar sus mandamientos, los cuales van por el pueblo diciendo á voces la voluntad de los Caciques, y que la pongan por obra. En esta provincia hallaron los nuestros muchos ídolos que adoraban, y en especial que tenían en cada casa un templo para el demonio, donde le llevaban de ordinario de comer; y otra cosa: que de la manera que entre los cristianos tenemos en los caminos cruces, así tienen ellos unas como capillas altas, donde dicen descansa y se recrea el demonio cuando va de un pueblo á otro, las cuales están muy adornadas y pintadas. En todas las sembradas ó labranzas, que las tienen muy grandes, tienen á un lado de ellas un portal con cuatro pilares donde comen los trabajadores y pasan la siesta, porque es la gente muy dada á la labor y están de ordinario en ella: es tierra de muchos montes y pinales. Las armas que usan son arcos muy fuertes, y flechas con las puntas de pedernal, con que pasan una cota, y macanas, que son unos palos de media vara de largo y llenos todos de pedernales agudos, que bastan á partir por medio á un hombre, y asimismo unas como adargas de cuero de vaca crudo.

## CAPÍTULO IX.

*Prosiguese del Nuevo México, y de las cosas que en él se vieron.*

Después de haber estado en esta provincia cuatro días, á poca distancia toparon con otra que se llamaba la provincia de los Tihuas, en la cual había diez y seis pueblos: en el uno de los cuales, llamado por nombre Poala, hallaron que habían muerto los indios á los dichos dos Padres Fr. Francisco López y Fr. Agustín, á quien iban á buscar, y juntamente á tres muchachos y un mestizo. Cuando los de este pueblo y sus vecinos vieron á los nuestros, remordiéndoles la propia conciencia y temiéndose de que iban á castigarlos y tomar venganza de las muertes de los dichos Padres, no los osaron esperar, antes dejando sus casas desiertas se subieron á las sierras más cercanas, de donde nunca los pudieron hacer bajar, aunque lo procuraron con halagos y mañas. Hallaron en los pueblos y casas muchos mantenimientos y gran infinidad de gallinas de la tierra, y muchas suertes de metales, y algunos que parecían muy buenos. No se pudo entender claramente qué tanta gente fuese la de esta provincia, por causa de haberse (como ya dije) subido á la sierra.

Habiendo hallado muertos á los que buscaban, entraron en consulta sobre si se volverían á la Nueva Vizcaya, de donde habían salido, ó pasarían adelante, en lo cual hubo diversos pareceres; pero como allí entendiesen que á la parte de Oriente de aquella provincia y muy distante de allí había grandes pueblos y ricos, hallándose allí tan cerca, acordó el dicho capitán Antonio de Espejo, de consentimiento del Religioso ya dicho, llamado Fr. Bernardino Beltrán, y de la mayor parte de sus soldados y compañeros, de proseguir con el descubrimiento hasta ver en qué paraua, para poder dar de ello noticia cierta y clara á Su Majestad, como testigos de vista, y así conformes determinaron que quedándose allí el Real, fuesen el capitán

con dos compañeros en demanda de su deseo, que lo pusieron por obra. Y á dos días de camino toparon con una provincia donde vieron once pueblos, y en ellos mucha gente, que á su parecer pasaba en número de cuarenta mil ánimas: era tierra muy fértil y bastecida, cuyos confines están inmediatamente juntos con las tierras de Cibola, donde hay muchas vacas, de cuyos cueros se visten, y de algodón: siguiendo en la manera del gobierno el orden que guardan sus convecinos. Hay señales de muchas minas ricas, y así hallaban metales de ellas en algunas casas de los indios, los cuales tienen, y adoran ídolos: recibieronlos de paz y diéronles de comer. Visto esto y la disposición de la tierra, se volvieron al Real de donde habían salido, á dar noticia á sus compañeros de todo lo sobredicho.

Llegados al Real (como está dicho) tuvieron noticia de otra provincia llamada los Quires, que estaba el río del Norte arriba seis leguas de distancia, y como se partiesen para allá y llegasen una legua de ella, les salieron á recibir de paz mucha cantidad de indios y á rogar que se fuesen con ellos á sus pueblos, que como lo hiciesen, fueron muy bien recibidos y regalados. Vieron solamente cinco pueblos en esta provincia, en los cuales había muy gran cantidad de gente, y la que ellos vieron pasaba de quince mil ánimas, y adoran ídolos como sus vecinos. Hallaron en uno de estos pueblos una urraca en una jaula, como se usa en Castilla, y tirasoles como los que se traen de la China, pintados en ellos el sol y la luna, y muchas estrellas. Donde como tomasen la altura, se hallaron en treinta y siete grados y medio debajo del Norte.

Salieron de esta provincia, y caminando por el propio rumbo, á catorce leguas hallaron otra provincia llamada los Cunames, donde vieron otros cinco pueblos, y el principal de ellos y más grande se llamaba Cía, que era tan grande que tenía ocho plazas, cuyas casas eran encaladas y pintadas de colores, y mejores que las que habían visto en las provincias atrás; parecían que la gente que vieron pasaban de veinte mil ánimas: hicieron presente á los nuestros de muchas mantas curiosas, y de cosas de comer muy bien guisadas, y juzgaron ser la gente más curiosa y de mayor policía de cuanta hasta

allí habían visto, y de mejor gobierno: mostráronles ricos metales, y unas sierras allí cerca de donde los sacaban. Aquí tuvieron noticia de otra provincia que estaba hacia el Nordueste, que se determinaron de ir á ella.

Como hubiesen andado como seis leguas toparon con la dicha provincia, que se llamaba de los Amejes, en la cual había siete pueblos muy grandes, y en ellos, á su entender, más de treinta mil ánimas. Uno de estos siete pueblos dijeron era muy grande y hermoso, que le dejaron de ir á ver, así por estar detrás de una sierra, como por temor de algún ruín suceso, si acaso se dividían los unos de los otros. Es gente al modo de la de la provincia su vecina, y tan abastada como ella, y de tan buen gobierno.

A quince leguas de esta provincia, caminando siempre hacia el Poniente, hallaron un pueblo grande llamado Acoma. Era de más de seis mil ánimas, y estaba asentado sobre una peña alta que tenía más de cincuenta estados en alto, no teniendo otra entrada sino por una escalera que estaba hecha en la propia peña, cosa que admiró mucho á los nuestros: toda el agua que en el pueblo había era de cisternas.

Vinieron los principales de paz á ver á los españoles, y trajéronles muchas mantas, y camuzas muy bien aderezadas, y gran cantidad de bastimentos. Tienen sus sembrados dos leguas de allí, y sacan el agua para regarlos de un río pequeño que está cerca, en cuya ribera vieron muy grandes rosales como los de acá de Castilla. Hay muchas sierras con señales de metales, aunque no subieron á verlos por ser los indios de ellas muchos, y muy belicosos. Estuvieron los nuestros en este lugar tres días, en uno de los cuales los naturales les hicieron un baile muy solemne, saliendo á él con galanos vestidos y con juegos muy ingeniosos, con que se holgaron en extremo.

Veinte y cuatro leguas de aquí hacia el Poniente, dieron con una provincia que se nombra en lengua de los naturales, Zuní, y la llaman los españoles Cibola. Hay en ella gran cantidad de indios, en la cual estuvo Francisco Vázquez Coronado, y dejó muchas cruces puestas y otras señales de cristiandad que siempre se estaban en pie. Hallaron ansimesmo tres in-

dios cristianos que se habían quedado de aquella jornada, cuyos nombres eran Andrés de Cuyoacán, Gaspar de México, y Antonio de Guadalajara, los cuales tenían ya casi olvidada su misma lengua y sabían muy bien la de los naturales, aunque á pocas vueltas que les hablaron se entendieron fácilmente. De quien supieron que sesenta jornadas de allí había una laguna ó lago muy grande, en cuyas riberas estaban muchos pueblos grandes y buenos, y que los naturales tenían mucho oro, de lo cual era indición el traer todos braceletes y orejeras de ello: y que como el sobredicho Francisco Vázquez Coronado tuviese noticia muy cierta de ello había salido de esta provincia de Cibola para ir allá, y habiendo andado doce jornadas le faltó el agua y se determinó de volver, como lo hizo, con determinación de tornar otra vez más de propósito á ello: que después no lo puso en ejecución, porque la muerte le atajó los pasos y pensamientos.

## CAPÍTULO X.

### *Prosigue del Nuevo México.*

A la nueva de la riqueza dicha quiso acudir el dicho capitán Antonio de Espejo, y aunque eran de su parecer algunos de sus compañeros, la mayor parte y el Religioso fué de contrario, diciendo era ya tiempo de volverse á la Nueva Vizcaya, de donde habían salido, á dar cuenta de lo que habían visto: que lo pusieron por obra dentro de pocos días la mayor parte, dejando al capitán con nueve compañeros que le quisieron seguir, el cual, después de haberse certificado muy por entero de la riqueza arriba dicha, y de mucha abundancia de metales, que en ella había muy buenos, salió con los dichos sus compañeros de esta provincia, y caminando hacia el propio Poniente, después de haber andado veinte y ocho leguas,

hallaron otra muy grande, en la cual les pareció había más de cincuenta mil ánimas, cuyos moradores, como supiesen su llegada, les enviaron un recado diciendo que si no querían que los matasen no se acercasen más á sus pueblos: á lo cual respondió el dicho capitán, que ellos no les iban á hacer mal, como lo verían, y que así les rogaban no se pusiesen en llevar adelante su intento, dando al mensajero algunas cosas de las que llevaba: el cual supo tan bien abonar á los nuestros y allanar los pechos alborotados de los indios, que les dieron lugar de voluntad para que entrasen, que lo hicieron con ciento y cincuenta indios amigos de la provincia de Cibola ya dicha, y los tres indios mexicanos de quien queda hecha mención.

Una legua antes que llegasen al primer pueblo, les salieron á recibir más de dos mil indios cargados de bastimentos, á quien el dicho capitán dió algunas cosas de poco precio, que á ellos les pareció ser de mucho, y las estimaron más que si fueran de oro. Llegando más cerca del pueblo, que se llamaba Zahuato, salió á recibirlos gran muchedumbre de indios y entre ellos los Caciques, haciendo tanta demostración de placer y regocijo, que echaban mucha harina de maíz por el suelo para que la pisasen los caballos: con esta fiesta entraron en él y fueron muy bien hospedados y regalados, que se lo pagó en parte el capitán con dar á todos los más principales sombreros, y cuentas de vidrio, y otras muchas cosas que llevaba para semejantes ofrecimientos.

Despacharon luego los dichos Caciques recados á todos los de aquella provincia, dándoles noticia de la venida de los huéspedes, y de cómo eran hombres muy corteses y no les hacían mal: lo cual fué bastante para hacerlos venir á todos cargados de presentes para los nuestros, y de que los importunasen fuesen con ellos á holgarse á sus pueblos, que lo hicieron, aunque siempre con recato de lo que podría suceder. Por lo cual el dicho capitán usó de una cautela, y fué decir á los Caciques que por cuanto los caballos eran muy bravos y les habían dicho que los querían matar, sería necesario hacer un fuerte de cal y canto donde meterlos, para evitar el daño que querían hacer en los indios. Creyéronlo los Caciques tan de veras, que

dentro de pocas horas juntaron tanta gente, que hicieron el dicho fuerte que los nuestros querían, con una presteza increíble. Demás de esto, diciendo el capitán que se quería ir, le trajeron un presente de cuarenta mil mantas de algodón, pintadas y blancas, y mucha cantidad de paños de manos con borlas en las puntas, y otras muchas cosas, y entre ellas metales ricos y que mostraban tener mucha plata. Hallaron entre estos indios muy gran noticia de la laguna grande arriba dicha, y conformaron con los otros en lo tocante á las riquezas y mucha abundancia de oro.

Fiado el capitán de esta gente y de sus buenos ánimos, acordó á cabo de algunos días de dejar allí cinco de sus compañeros con los demás indios amigos, para que se volviesen á la provincia de Zuni con el bagaje, y de irse él con los cuatro que quedaban á la ligera en descubrimiento de cierta noticia que tenía de unas minas muy ricas, lo cual puesto por obra se partió con las guías que llevaba, y como hubiese caminado hacia el propio Poniente cuarenta y cinco leguas, topó con las dichas minas, y sacó con sus propias manos riquísimos metales y de mucha plata, y las minas, que eran de una veta muy ancha, estaban en una sierra adonde se podía subir con facilidad, á causa de haber para ello camino abierto. Cerca de ellas había algunos pueblos de indios serranos que les hicieron amistad, y los salieron á recibir con cruces en las cabezas, y otras señales de paz. Aquí cerca toparon dos ríos razonables, á cuyas orillas había muchas parras de uvas muy buenas, y grandes noguerales, y mucho lino como el de Castilla, y dijeron por señas, que detrás de aquellas sierras estaba uno que tenía más de ocho leguas de ancho; pero no se pudo entender qué tan cerca, aunque hicieron demostración que corría hacia la mar del Norte, y que en las riberas de él, de una y otra banda hay muchos pueblos tan grandes, que en su comparación aquellos en que estaba eran barrios.

Después de haber tomado toda esta relación, se partió el dicho capitán para la provincia de Zuni, adonde había mandado ir á los dichos compañeros: y como llegase á ella con salud, habiendo ido por muy buen camino, halló con ella á sus cinco

compañeros, y al dicho Padre Fr. Bernardino con los soldados que se habían determinado de volver, como ya dijimos, que aun no se habían partido, por ciertas ocasiones: á los cuales los naturales habían hecho muy buen tratamiento, y dádoles todo lo necesario muy cumplidamente, haciendo después lo mesmo con el capitán y los que con él venían, á quien salieron á recibir con demostración de alegría, y dieron muchos bastimentos para la jornada que habían de hacer, rogándoles que volviesen con brevedad y trajesen muchos Castillas (que así llaman á los españoles), y que á todos les darían de comer: por lo cual, para poderlo hacer con comodidad, habían sembrado aquel año más trigo y semillas que en todos los pasados.

En este tiempo se retificaron en su primera determinación el dicho Religioso y los soldados arriba dichos, y acordaron de volverse á la provincia de donde habían salido, con el designio que queda dicho, á quien se juntó Gregorio Hernández que había sido alférez en la jornada: los cuales partidos, quedando el capitán con solos ocho soldados, se resolvió de seguir lo comenzado y correr por el rio del Norte arriba, que lo puso por obra. Y habiendo caminado como sesenta leguas hacia la provincia de los Quires ya dicha, doce leguas de allí hacia la parte del Oriente, hallaron una provincia que se llamaba los Hubates, donde los indios los recibieron de paz, y les dieron muchos mantenimientos, y noticia de que cerca de allí había unas minas muy ricas, que las hallaron y sacaron de ellas metales relucientes y buenos, con los cuales se volvieron al pueblo de donde habían salido. Juzgaron esta provincia por de hasta veinte y cinco mil ánimas, todos muy bien vestidos de mantas de algodón pintadas, y camuzas muy bien aderezadas. Tienen muchos montes de pinales y cedros, y las casas de los pueblos son de á cuatro y cinco altos. Aquí tuvieron noticia de otra provincia que estaba una jornada de allí, que se llamaba de los Tamos, en que había más de cuarenta mil ánimas, donde como llegasen no les quisieron dar de comer los moradores de ella ni admitirlos en sus pueblos, por lo cual, y por el peligro en que estaban, y estar algunos soldados enfermos, y ser tan pocos (como habemos dicho), se determinaron de irse salien-

do para tierra de cristianos, y lo pusieron en ejecución á principio de Julio del año de ochenta y tres, siendo guiados por un indio que se fué con ellos y los llevó por camino diferente del que á la venida habían traído, por un río abajo, á quien llamaron de las Vacas por haber gran muchedumbre de ellas en toda su ribera, por donde caminaron ciento y veinte leguas topándolas ordinariamente: de aquí salieron al río de las Conchas por donde habían entrado, y de él al valle de Sant Bartholomé de donde habían salido para dar principio al descubrimiento: y ya cuando llegaron, hallaron que el dicho Fr. Bernardino Beltrán y sus compañeros habían llegado á salvamento al dicho pueblo muchos días había, y que de allí se habían ido á la villa de Guadiana. Hizo en este pueblo el dicho capitán Antonio de Espejo información muy cierta de todo lo arriba dicho, la cual envió luego al Conde de Coruña, Virrey de aquel Reyno, y él á Su Majestad, y á los Señores de su Real Consejo de las Indias para que ordenasen lo que fuesen servidos, que lo han ya hecho con mucho cuidado. Nuestro Señor se sirva de ayudar este negocio de modo que tantas almas redemidas con su sangre no se condenen, de cuyos buenos ingenios (en que exceden á los de México y Perú, según se entendió de los que los trataron), se puede presumir abrazarán con facilidad la ley evangélica, dejando la idolatría que ahora la mayor parte de ellos tiene: que lo haga Dios, como puede, para honra y gloria suya, y aumento de la Santa Fe Católica Romana.

Heme detenido en esta relación más de lo que para itinerario se requería, y helo hecho de intento, por ser cosa nueva y poco sabida, y parecerme no sería disgusto para el lector. Tras esto me parece será bien volver á lo comenzado, y proseguir el viaje y discrepción del Nuevo Mundo comenzado, volviendo á la ciudad de México, de donde hice la disgresión para contar el descubrimiento del Nuevo.

---